

**Homilía Fiesta Patronal del Seminario: San Carlos Borromeo  
Valledupar, 4 de noviembre de 2003.**

*Mons. Oscar José Vélez I., c.m.f.*

Nos reunimos hoy para celebrar la Eucaristía en la fiesta de San Carlos Borromeo, patrono de los seminarios conciliares de la Iglesia Católica, y por tanto Patrono de nuestro seminario de Valledupar.

La palabra que Dios nos regala para este día parece que hubiera sido escogida ex profeso para esta ocasión. La primera lectura tomada de Rom. 12, 5-16 es la teología de la Iglesia como cuerpo de Cristo. Cuerpo que tiene muchos y diferentes miembros, pero que cada cual con el don recibido debe ponerse al servicio de los demás. Dios no concede sus dones para enaltecer a un hombre por encima de sus hermanos, sino para habilitarlo a fin de que pueda servirlos convenientemente. En la Iglesia no hay prelacías sino diakonías. No hay dignidades sino servicios. Bien dice el Apóstol: “El profeta anuncie.. el que tenga un ministerio que sirva bien; el maestro que adoctrine; el predicador que exhorte; el que reparte, que sea generoso; el que preside que gobierne con solicitud; el misericordioso que obre con alegría...”. En consecuencia, el seminario ha de preparar a cada uno de los candidatos al ministerio presbiteral para que descubra sus talentos, los acepte, se reconozca en ellos, se sepa valorar y los ponga al servicio de la comunidad eclesial. El sacerdocio cristiano nos configura con Cristo servidor. Sería mucho lo que tendríamos que compartir respecto a este tema. Sin embargo, quisiera que centráramos nuestra reflexión ahora en torno al pasaje evangélico, el texto de los invitados al banquete de bodas (Mat. 14, 15-24), que nos puede servir bastante bien para analizar el tema de la vocación.

Un hombre da un gran banquete y cursa las respectivas invitaciones. Los invitados, en lugar de agradecer, se autoexcluyen arguyendo distintas razones. El texto bíblico las clasifica en tres grupos: el que ha comprado un campo y ha de ir a verlo; el que ha comprado unas yuntas de bueyes y debe ir a trabajar con ellas y, finalmente, el que se acaba de casar. El primer argumento pone todo su peso en la importancia que los bienes materiales, las riquezas, tienen para este hombre. Pesan tanto que lo llevan a rechazar la invitación y autoexcluirse del banquete. El segundo argumento coloca el énfasis en la importancia que el hombre le da a su trabajo, a su propio proyecto de realización. Se autoexcluye porque tienen que ir a trabajar, a hacer su propia voluntad. Y el tercer caso alude fundamentalmente a la parte afectiva. Ella es para él más importante que atender la invitación del Señor. Nos tropezamos pues aquí con los tres principales elementos de autoafirmación humana que pueden llegar a impedir o dificultar la respuesta adecuada a la llamada del Señor, como lo fue en los hombres de la parábola evangélica.

El primer caso es el apego a los bienes materiales. Bien conocido es el pasaje evangélico del joven rico, que es incapaz de aceptar el llamado del Señor porque las riquezas pesaban mucho en su proyecto de vida. Y termina marchándose triste. Lo único que le habría podido dar alegría era desprenderse de aquello. Y sin embargo...

El segundo caso es el apego a hacer la propia voluntad, a trabajar desde una clave de autorrealización. El hombre no quiere descubrir o hacer la voluntad de Dios, sino autoprogramarse desde sus puros intereses personales sin referencia a lo que Dios quiere de El o sus hermanos necesitan de El.

El tercer caso es la exclusividad afectiva. El amor humano ha terminado pesando más que el amor de Dios. El hombre no ha sido capaz de dejar aquello que Dios le pide para seguirlo.

La vocación implica siempre un dejar, un desapegarse, desprenderse de un proyecto legítimo en otra opción de vida para asumir el riesgo de lo nuevo, de lo inesperado. Implica fiarse del Señor que lo ha llamado a uno, que lo ha invitado. Y este dejar solo es posible gracias al valor de lo encontrado. Así nos lo narra la parábola del tesoro encontrado en el campo. Uno solo puede renunciar con alegría y decisión en la medida que lo encontrado le representa un valor más alto, un valor supremo. Y esto es vital en el campo de la vocación. En la crisis galilea, después de que muchos han abandonado a Jesús, éste pregunta a los doce si también quieren marcharse y Pedro, asumiendo la vocería de todos, responde: “Señor, si nos vamos a quien iremos...”. La alegría de lo encontrado en el Señor es lo que da la valentía al discípulo para hacer las inevitables renunciaciones y rupturas iniciales y para mantenerse en ellas. Únicamente quien se ha ido haciendo amigo del Señor y ha gozado de su intimidad puede romper muchas amarras y hacerlo con gozo aunque cueste.

Un seminario tiene que ser un ámbito eclesial en el que se aprende ante todo a hacerse amigos del Señor Jesús. Se avanza en su conocimiento, se tiene experiencia viva de El y se entra en su intimidad. Y el gozo de esa amistad permite al candidato ir realizando esas necesarias rupturas en los tres ámbitos que hemos señalado: el tener, el poder y el querer. La Vida Religiosa ha estructurado esas tres rupturas en los llamados tres consejos evangélicos. Pero, esas rupturas, son inherentes en distintas expresiones a toda vocación cristiana. No se puede seguir al Señor, como El nos lo dice reiteradamente, sin esas renunciaciones. “El que no deja, bienes, personas,..., etc...no puede ser mi discípulo”.

Pero ese “dejar” tiene que ser renovado en el proceso vital de la vocación. Desafortunadamente después de las renunciaciones iniciales podemos ir llenándonos de tantas cosas que impiden nuestra libertad en el seguimiento del Señor. Por ello, el despojo tiene que ser una tarea permanente. Sólo podemos ir tras Jesús de Nazareth estando “ligeros de equipaje”. Por ello el texto evangélico concluye que el Señor del banquete de bodas ordena invitar a los pobres, a los despojados.

Que el Señor nos conceda a todos vivir este espíritu de pobreza para poder avanzar tras las huellas del pobre de Nazareth, quien siendo “rico se hizo pobre para enriquecernos

con su pobreza”. Nuestro despojo, nuestra pobreza es para enriquecer a los hermanos, para ponernos a su servicio. Que el Señor nos conceda vivirlo de esa manera.